Mennonite Historical Library
Goshen College, Goshen, Ind.

Mujeres, Fusiles y Cosechas

Sonia Ralston

UNA FABULA CONTEMPORANEA
DE GUERRA Y PAZ

COLECCION
ESPADAS EN ARADOS

Autora: *Sonia Ralston*

Traducción: *Gloria Pulido*

Edición: *Clara Helena Beltrán Suárez y Juan Melgarejo Romero*

Revisión: *Patricia Urueña*

Diseño y Artes Finales: *María Patricia Zapata Barco*

Ilustraciones: *Claudia Calderón La Rotta*

Diagramación del Texto e Impresión Laser: *Fernando Gómez Lesmes*

Oficina Responsable: *Centro Latinoamericano de Recursos Anabautistas (CLARA)*

Impresión: *Editorial Buena Semilla, Santafé de Bogotá D.C., Colombia*

Fecha: *1992*

Esta Publicación ha sido Subvencionada por:
* *Sonia Ralston*
* *Comité Central Menonita*
* *Centro Cristiano de Justicia, Paz y Acción No Violenta JUSTAPAZ*

M
813.54
R164p Sp
1992

COLECCION: "ESPADAS EN ARADOS"

Ralston, Sonia

MUJERES, FUSILES Y COSECHAS

Primera Edición en Inglés *PLOWSHARES* (PAULIST PRESS: Mahwah, New Jersey), 1986
ISBN: 0-8091-2788-1

Derechos de Publicación cedidos por PAULIST PRESS
Derechos en Español Reservados

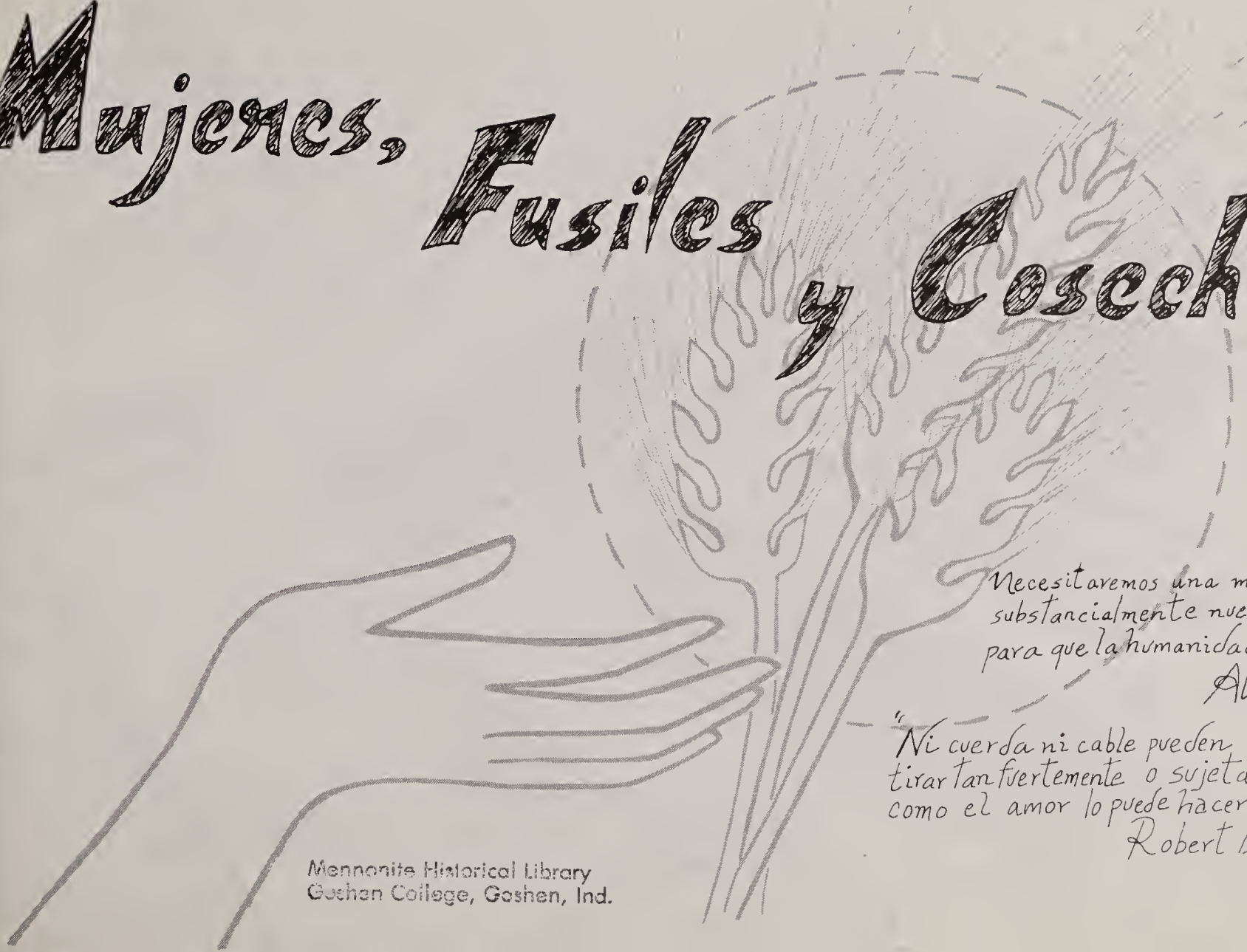
EDICIONES SEMILLA - CLARA

SEMILLA
Apartado 371 - 1 Montserrat Zona 7
Ciudad de Guatemala
Guatemala
Impreso en Colombia

1992

CLARA
Apartado Aéreo 57-527
Santafé de Bogotá 2
Colombia

Mujeres, Fusiles y Cosechas



"Necesitaremos una manera
substancialmente nueva de pensar
para que la humanidad sobreviva".
Albert Einstein

"Ni cuerda ni cable pueden
tirar tan fuertemente o sujetar tan firme
como el amor lo puede hacer con su soga"...
Robert Burton: 1576-1640

Mennonite Historical Library
Goshen College, Goshen, Ind.

Había una vez un Hombre que vivía con su esposa y su joven hijo en un país lejano que podría ser el tuyo o el mío.

Su casa estaba sólidamente localizada al pie de un pliegue de las montañas. Detrás de la casa se levantaban las Montañas que abrazaban este Valle generoso y su río dulce y limpio.

Sus vidas, tal como las de sus vecinos, transcurrían en armonía con las épocas del año. Era un modelo de vida que seguían todas las personas.

Durante la primavera, cuando el rico suelo se desmoronaba al primer contacto, la Mujer sembraba papas y maíz tierno, lino para hilar y claveles y geranios para alegrar el corazón. Mientras tanto el Hombre araba y sembraba su porción de los Campos comunales, así como su padre y su abuelo lo habían hecho. Todo contorno y afloramiento de la tierra eran tan familiares para él como las suaves líneas del rostro de su esposa. A menudo cantaba mientras trabajaba.

Y el Muchacho, apurado por cierta nueva suavidad en el aire, conducía su pequeño rebaño de ovejas desde la parcela de invierno hasta los frescos y verdes prados de la pendiente.

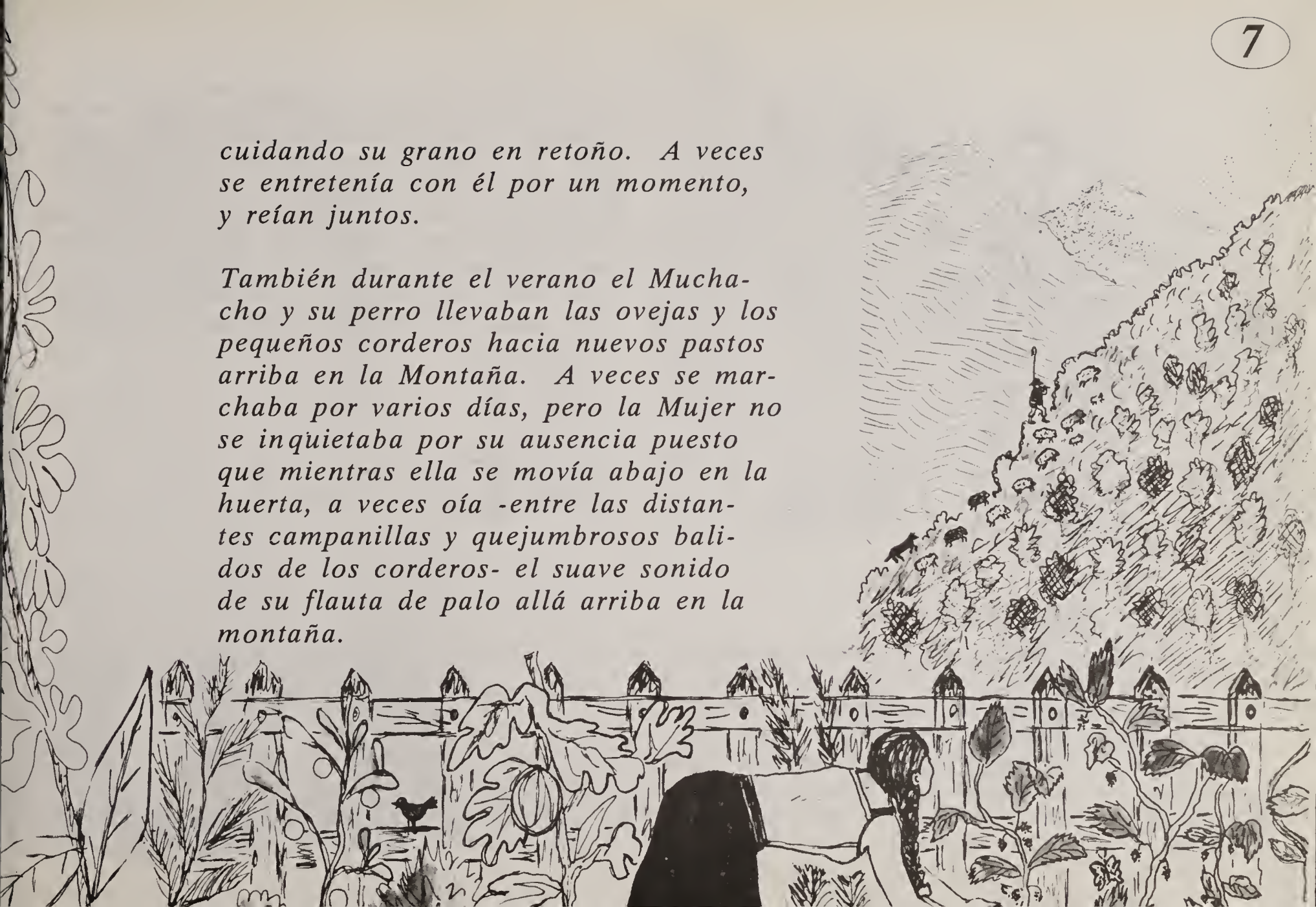
Había abejas en la granja... un burro, dos vacas lecheras, muchos pollos y casi siempre una camada de gatitos inquietos en el lugar.

Durante los largos días de verano que siguieron, la Mujer trabajaba en la huerta, sus dedos se manchaban con el jugo de las diminutas moras de la montaña, y sus trenzas húmedas eran adornadas por el sol de mediodía.

Cada mediodía llevaba pan, algo de queso y un totumado de leche fresca hasta donde trabajaba su esposo en el campo, con los otros hombres, desyerbando y

cuidando su grano en retoño. A veces se entretenía con él por un momento, y reían juntos.

También durante el verano el Muchacho y su perro llevaban las ovejas y los pequeños corderos hacia nuevos pastos arriba en la Montaña. A veces se marchaba por varios días, pero la Mujer no se inquietaba por su ausencia puesto que mientras ella se movía abajo en la huerta, a veces oía -entre las distantes campanillas y quejumbrosos balidos de los corderos- el suave sonido de su flauta de palo allá arriba en la montaña.



Siempre, a medida que el año transcurría y los grillos zumbaban en el trigo seco, se reunían los vecinos a trabajar para juntos recoger la abundante cosecha. Manejando sus guadañas los hombres se movían en una poderosa línea a través del Campo, derribando las hileras doradas con experta precisión. Los haces recortados eran amarrados con soga y luego colocados en tresnales para que se secaran. Y más tarde, en la casa de trillar, las mujeres charlaban alegremente; un grueso polvo blanco se quedaba en sus brazos cuando golpeaban las relucientes almendras. Eran los ancianos y los muchachos quienes seleccio-naban y recogían este tesoro final, apilando los pesados sacos en pirámides fragantes dentro del granero.

Cuando por fin se terminaba el trabajo, la gente del Valle se reunía en uno de los graneros para beber vino, bailar viejas danzas y entonar cantos conocidos.

Esta era, todos los años estaban de acuerdo, la mejor de las épocas. Puesto que eran, sin duda, hermanos y hermanas de la tierra.

10

Los inviernos eran innegablemente difíciles. Los vientos rugían arriba en el Valle contra las pequeñas casas separándolas todavía más del Mundo Exterior. Los animales se amontonaban en sus establos para acalorarse y el fuerte balido de las ovejas se podía escuchar en la noche, por encima del quejido agorero de las crujientes tejas del techo.

Entonces era muy poco el trabajo que se podía hacer; cada familia hacía frente al temporal a su manera, rogando que su reserva de comida y de leña fuera suficiente. Durante esas largas tardes, el Hombre tallaba siempre un regalo para su esposa. Una vez talló un taburete para el ordeño con esta inscripción: "Mi corazón siempre está contigo". Otra vez talló un peine fino para su cabellera.

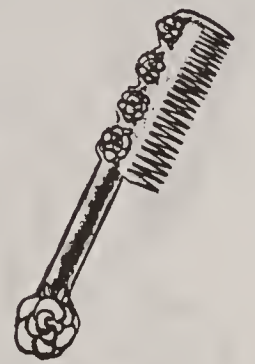
Era un mundo inocente.

Pudo haber sido una existencia buena y perfecta si no hubiera sido por la amenaza que nunca estaba completamente fuera de sus mentes...

Amenaza que era el permanente peligro del enemigo.

Siempre había sido así.

El territorio enemigo estaba localizado en la ladera boscosa de la Montaña solamente a un día de camino; una capa negra de oscuras coníferas separaba los dos bandos.



Ninguno recordaba el día en que su presencia amenazadora no hubiera teñido las decisiones del Valle, entrometiéndose en las vidas de sus habitantes.

Se decía que el idioma de ellos era una amenazadora babel de bajezas y palabras irrepetibles y se sabía que su apariencia era intensamente extraña. No se sabía cuánto tiempo habían estado allí pero el Hombre podía recordar a su bisabuelo hablar de las hordas que habían arrasado la Montaña desde cuando él era un muchacho, quemando, saqueando y llevándose el ganado.

El paso del tiempo no había cambiado nada. Hasta en las más dulces tardes de verano cuando los peces estaban picando y la fragancia de las flores silvestres llenaba el aire, la amenaza persistía sombríamente, como un horrible cáncer que constantemente se alimentaba bajo la piel.

Y cada vez que llegaban los invasores era necesario, claro está, que el Hombre y sus vecinos correspondieran con la misma moneda.

Siempre, cuando descolgaba su fusil del lugar acostumbrado encima de la repisa de la cocina, y sentía la familiar suavidad de la culata y olía la acritud persistente de la pólvora vieja, el Hombre comprendía a su padre. Y al padre de su padre antes de él. ¿Cuántas veces ellos, también acongojada-mente, habían vuelto a familiarizarse con el peso de ese fusil? ¿Cuántas veces habían abrazado a sus mujeres y a sus hijos que tanto amaban y se habían marchado para protegerlos?

"Parece como si nunca fuera a tener fin", pensaba siempre el Hombre fatigadamente.

La mujer podía recordar las muchas ocasiones en las que había presenciado su partida, uniéndose con otros hombres del Valle en sus despedidas.

Para ella cada vez era lo mismo. Permanecía en el umbral de su pequeña casa con la angustia de su abrazo todavía con ella. El, con el cabello sobre sus hombros, se alejaba a grandes pasos por el camino que, entre las margaritas y los prados, lo llevaba hacia la reunión. Desesperadamente ella trataría de conservar el sentimiento... el olor... y el sabor de él en su memoria, con el temor que posiblemente nunca los volvería a experimentar.

Una vez, mientras ella lo observaba partir, el bebé que llevaba dentro de ella se movió por primera vez. Anhelaba compartir con él este movimiento de su primer bebé, pero se contuvo, porque sabía que el corazón de él ya estaba roto.

A pesar de la repetición, nunca estas despedidas fueron fáciles. Y, como ella ya sabía que ocurriría inevitablemente, llegaba por fin el año cuando su primer hijo -su amado hijo mayor- se uniría a la partida.

Sin ser lo suficientemente fuerte como para llevar al hombro un fusil, el que su padre le entregó, el hijo mayor escuchaba a sus padres discutir:

"¡Todavía no! **¡Ah! ¡Todavía no!"**

"Ya es hora. Debe irse conmigo. Los ancianos lo necesitan. Tarde o temprano deberá aprender, como todos nosotros".

Y entonces los dos partieron, una pareja dispareja, por el camino.

Observando, la Mujer vio otros hombres del Valle salir a su encuentro. Otros padres. Otros hijos. Juntos, el pequeño grupo desapareció entre las oscuras coníferas de la Montaña... y en dirección hacia el enemigo que esperaba.

Después regresó, y levantó a su pequeño segundo hijo de su cuna, lloró hasta que su angustia despertó a su bebé dormido.

Más tarde, como sabía que sucedería, el Hombre regresó solo.

Silencioso volvió a colocar los dos rifles sobre la repisa, se dio la vuelta para abrazarla y juntó sus lágrimas de angustia con las de ella.

Esa noche, bajo la sombra de la oscuridad regresó otra vez a la Montaña y precisamente cuando la Mujer pensó que también lo había perdido, regresó con el cuerpo del muchacho muerto.

Juntos sepultaron el cuerpo cerca de un afloramiento de roca cubierta de liquen lejos del hogar. Había un viejo árbol de manzano cerca y sabían que en verano cubriría poco a poco la sepultura con sus flores caídas.

Durante los meses de abril que siguieron, la Mujer recogía nomeolvides junto a la ribera del río y las colocaba al lado de la tumba.

Pero el tiempo no curó su corazón ni una pizca.

Pasaron varios años. A medida que el Hijo menor crecía alto y hermoso como un delicado arbolito, hubo otra vez, entre guerras, algunos momentos felices.

Varias veces, en las tardes, el padre pescaba con su hijo junto al banco del río en afable silencio. Sobre ellos las luciérnagas reverenciaban en elegante corte y entre los juncos las ranas cantaban en coro aterciopelados acompañamientos.

El muchacho se apresuraba ahora a cargar los rebosantes baldes de leche para su madre, así como lo había hecho su hermano mayor alguna vez, y había una nueva y penetrante melancolía en la música de su flauta.

Llegó un año en el que la primavera parecía más dulce que nunca, la tierra particularmente rica y sombría bajo el arado, los árboles frutales cargados de flores. Las lloviznas nutrían el nuevo trigo y todo el Valle parecía vivo con la promesa verde.

Un día, en el verano que siguió, el Muchacho se sentó con su rebaño en un pequeño claro arriba en la Montaña, experimentando un gran sentimiento de paz.

Atraído por una distante porción sembrada de gencianas y narcisos silvestres, había vagado un poco más lejos de lo acostumbrado en lo más alto de la montaña. Bajo sus pies el Valle se extendía ordenadamente a la luz del sol. Visto desde este nuevo lugar estratégico lo sentía especialmente querido.

Regresando de las peñas extrañas arriba, extrajo su flauta del bolsillo y comenzó a tocar, en armonía con la tenue caída de la cascada distante.

Alegre... serena...

la música se elevaba entre las montañas, uniéndose al júbilo de una alondra.
Y luego, de repente, otra flauta se unió...
... suavemente haciendo eco...

... dulcemente profunda...

Asombrado el Muchacho quitó rápidamente su instrumento de los labios, y parado en una roca exploró las extensiones poco familiares arriba de él.

Allí, en un claro distante, rodeado por ovejas que pastaban, con la flauta en la mano, estaba sentado un muchacho como él.

Durante un largo rato los dos muchachos y su oscuro eco se miraron inquisitivamente a través de una tierra sin dueño de roca y gencianas.

Tentativamente el Muchacho puso la flauta en sus labios una vez más y comenzó a tocar...

...a través del limpio aire quebradizo las notas de respuesta aparecieron vacilantes al comienzo y luego con mayor confianza.

Pura...

...inocente...

...santa....

No intercambiaron palabras durante ese primer día. Ni durante algún tiempo intentaron acercarse el uno al otro.

No fue sino hasta que uno de los corderos cayó atrapado en un arbusto espinoso. Parecía no tener importańcia; juntos retuvieron al sangriento y asustado animal en sus brazos, cantándole en voz baja y confortándolo en antiguos dialectos comunes a todos los pastores de ovejas.

Cuando por fin se durmió la pequeña criatura entre ellos, los muchachos se sentaron juntos a la luz del sol, tocando sus flautas. Estaban profundamente alegres. Con la música no necesitaban hablar.

Cuando el Muchacho regresó a su casa esa noche no le contó a su padre sobre este extraño encuentro. Pero la Mujer notó una rara alegría en él.

Este fue el primero de muchos encuentros en la montaña. Durante el verano los dos rebaños pastaban juntos en compañía, el sonido de las flautas en dulce dueto en sus oídos.

Una vez, en los gestos lentos y vacilantes de su comunicación en retoño, los dos muchachos hablaron sobre la guerra:

"¿Por qué?", expresó con ademán uno de ellos, "¿ustedes atraviesan la montaña para pelear contra nosotros?"

"Porque", expresó el otro, "les tenemos miedo".

"Qué extraño... igual nos sucede a nosotros", dijo el primero.

Se sentaron por largo rato después de eso, en un enigmático silencio.

"¿Pero hay algo para temer?" preguntó uno por fin, moviendo la cabeza desconcertadamente.

"No sé", el otro contestó tristemente. "Pero los Ancianos dicen que siempre ha sido así. Si ustedes se hacen muy fuertes nos atacarán".

"Pero nuestros ancianos afirman lo mismo", llegó la suave respuesta. "Si sólo hablaran juntos respecto a estas cosas".

Ese día los dos muchachos se marcharon con sus corazones cargados de tristeza.

El verano había finaliza do. El sol había embellecido el rico verde del trigo. Y el Valle relucía en el calor seco. Habían pasado muchos meses desde la última incursión del enemigo y la gente estaba llena de esperanza.

"Esta deberá ser una espléndida cosecha", dijo el Hombre de pie a la orilla del Campo, con su brazo rodeando la cintura de su esposa. "Quizá hasta habrá algún dinero extra para comprar libros para el chico".

La Mujer sonrió. Durante el invierno pasado había trabajado con su hijo, los dos se habían agachado sobre una vela parpadeante mientras que el viento afuera se lamentaba entre las ollas de la chimenea. Juntos se maravillaban por el Mundo Exterior, explorando cuentos de caballería... poesía... la naturaleza de la vida misma. Este había sido un tiempo de gran alegría para ella.

"¿Y una flauta nueva para él también?" preguntó a su esposo.

"Si todo sale bien", contestó.

"Y si", juntos reconocieron en silencio, "el Enemigo nos deja en paz".

Llegó el momento, como siempre, en que los Ancianos, después de consultar los presagios de costumbre, convocaron a la comunidad para que comenzara la cosecha al siguiente día.

"Nunca" todos estuvieron de acuerdo, "¡había habido tal abundancia!"

Esa noche las familias del Valle se acostaron temprano en una feliz anticipación de la mañana.

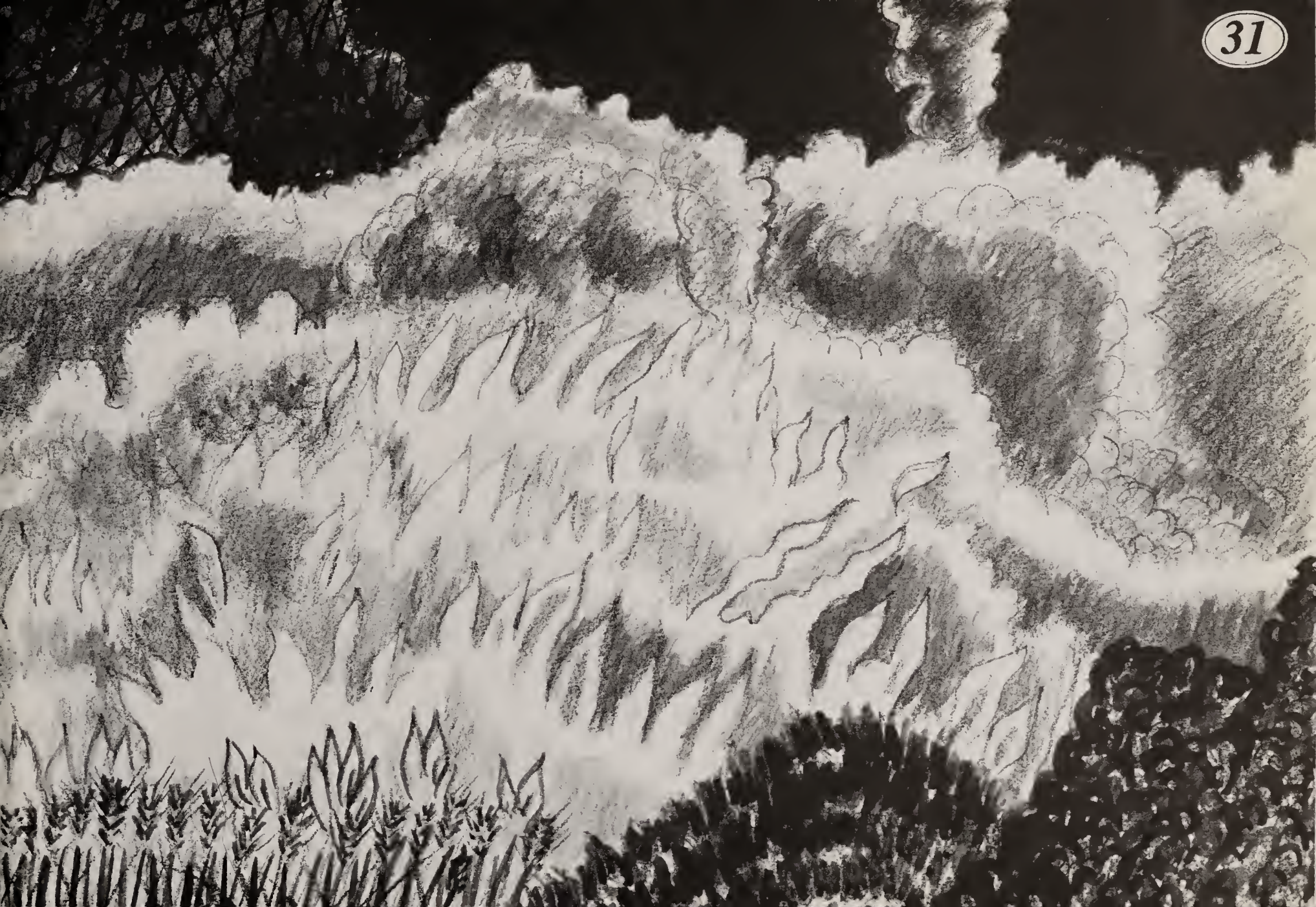
Pero la esperada satisfacción no ocurriría.

Durante la noche el Enemigo descendió de la montaña quemando los campos de trigo y los montones de heno dejados al aire libre, saqueando y atacando.

Cuando, también repentinamente, se retiraron, ni una caña del grano quedó de pie en el Valle. Sólo quedó una oscura devastación y el acre olor de la tierra quemada. Entre el rastrojo quedaron los pequeños cuerpos de liebres aterrorizadas, atrapadas por el holocausto.

No sólo se perdió la cosecha del año, sino también el grano de semilla para la siguiente primavera. Los intrusos no dejaron nada.

La venganza fue rápida y total.



Al siguiente anochecer los ricos campos del Enemigo, al otro lado de la montaña, también quedaron en ruinas humeantes, y un manto de ceniza cubría ambos valles.

Luego de su regreso, los hombres olorosos a fuego fueron citados a una reunión urgente por parte de los Ancianos. Lo que todos más temían siempre, se les dijo, estaba a punto de suceder. Habían sabido que el Enemigo planeaba invadir y tomar posesión del Valle.

"No tenemos otra alternativa", dijeron los ancianos. "Debemos de una vez vender todo: las ovejas, las vacas, las pacas de lana y con ese dinero comprar los proveedores del Mundo Exterior todo el armamento necesario para nuestra protección".

"¿Pero cómo compraremos luego el grano para la siguiente primavera?" alguien preguntó.

Los Ancianos tuvieron un pequeño diálogo. "De qué sirve el grano de semilla", vino la respuesta, "¿si no tenemos tierra en qué cultivarlo? Sin defensa estamos condenados a dejarle todo al Enemigo".

La gente del Valle se sentó en silencio. Algunos ya habían visto todo esto anteriormente. Sabían que un arsenal enriquecido significaba una escuela empobrecida. Otra vez los enfermos estarían en necesidad, las viudas en pobreza. Era una elección conocida y arriesgada.

"Quizá, si nos armamos fuertemente", decía el Hombre a su esposa esa noche cuando regresó a casa, "el Enemigo sabrá de nuestra nueva gran fuerza y se sentirá amenazado por ella".

Ella sacudió la cabeza. "No los ha detenido antes", contestó calmadamente.

El Hombre no contestó. Ella observó cómo él levantaba el segundo rifle pequeño del lugar en donde estaba colgado desde esa lejana angustia. Sentado en la mesa de la cocina comenzó, muy cuidadosamente, a limpiarlo y aceitarlo. Mientras trabajaba tenía los hombros caídos y su rostro pálido por la congoja.

Frente a él, sobre el mantel a cuadros azules y blancos, entre las migajas de pan casero y queso y al lado de una jarra de amapolas desteñidas, meticulosamente alineó y dividió las dos provisiones de proyectiles que los Ancianos le habían dado.

"Son como pequeños ejércitos de muerte", la Mujer pensó para sus adentros.

El Muchacho permaneció de pie detrás de la silla de su padre, observando en silencio. "Duerme algo hijo", le dijo el Hombre suavemente. "Nos necesitarán a todos en la mañana".

3113

Los hombres del Valle durmieron profundamente esa noche con los rifles a su lado. Estaban exhaustos por la destrucción recíproca de ese día. Pero las mujeres permanecieron despiertas en la noche, agotadas por el terror que llegaría.

Poco antes de la media noche, la Mujer se deslizó del lado tibio de su esposo dormido y entró a la pequeña habitación en donde descansaba su hijo.

Un rayo de luna inclinado oblicuamente en su almohada iluminaba su cara dulcemente adormecida... su cabello... sus mejillas bronceadas por los vientos de la montaña. Cerca de él tenía todas las viejas posesiones normales de la adolescencia... una caña de pescar... un cuchillo... algunos libros... las botas deformadas y su chaleco de piel de ovejo.

Hasta los olores del cuarto eran únicamente suyos, lo que hizo que el corazón de ella se desgarrara con mayor profundidad. Pero fue su flauta y sus delicados dedos todavía sosteniéndola mientras dormía, lo que hizo que ya no pudiera aguantar más. De sus ojos cerrados, las lágrimas rodaron por sus mejillas en la oscuridad al pensar en toda la dulce música que pronto sería silenciada.

Cuando volvió a mirar a su hijo dormido, notó por primera vez, el vello bajo su labio.

El ya casi se había ido de su lado.

Entonces fue cuando la Mujer se dio cuenta lo que sin lugar a dudas debía hacer.

Regresó rápidamente a la cocina y levantó el arma del muchacho y la colocó encima de la mesa. Luego, colocó meticulosamente el pequeño ejército de municiones entre los pliegues de un pañuelo grande y las empacó dentro de su canasta.

Una vez hecho esto, se deslizó silenciosamente dentro de la habitación en donde su esposo aún dormía profundamente.

Con cuidado levantó su rifle del lado de la cama. Indecisa por un segundo, permaneció mirando hacia abajo.

"Si te estoy robando aquello con lo cual tú demuestras la profundidad de tu amor por nosotros, perdóname, mi amado", rogó silenciosamente. "Esta locura debe detenerse en algún lugar".

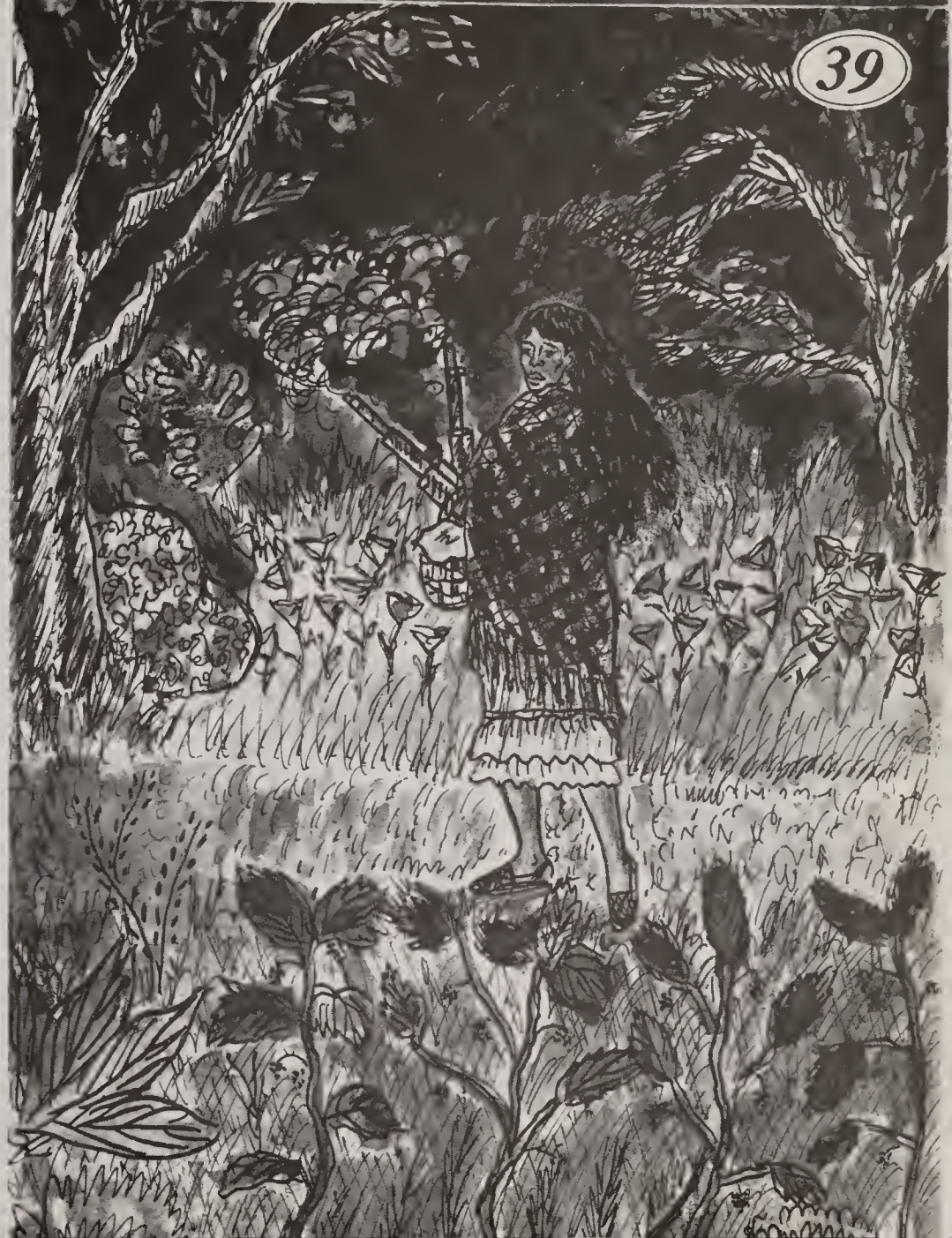
Y luego, tomando un cálido chal para sus hombros, lo dejó.

Con los dos rifles entre los brazos, su canasta de huevos apretada entre sus dedos temblorosos, salió a la luz de la luna.

Fue hasta los Campos, pasando la roca verde y el manzano, entre el camino marcado con amapolas cerradas en la noche y las moras.

Se detuvo una vez en la oscura Villa para recordar esas otras mujeres que dentro de horas se estarían despidiendo. Una gran tristeza la invadió. "El mundo es tan maravilloso," pensó "y su gente tan valiosa. ¿Por qué existe tanta amargura?"

Cuando por fin llegó a los Campos Comunales, se horrorizó otra vez por la devastación que se extendía a su alrededor. La tierra ennegrecida olía mal y un búho daba vueltas sobre su cabeza buscando carroña.



Yendo hacia el centro de los Campos, se arrodilló entre los surcos chamuscados y comenzó, como sabía que debía hacerlo, a desarmar los rifles.

La tarea fue fácil. Había visto cientos de veces antes, cómo el Hombre regaba las piezas en la mesa de la cocina, cómo las limpiaba, las aceitaba y las reparaba.

A medida que las partes se deshacían por la acción de sus dedos fríos, las colocaba una por una en un arrume al lado de su canasta de huevos.

Debajo de ella el rastrojo presionaba sus piernas desnudas, pero continuaba su trabajo, consciente sólo de la misión a su alcance. Una vez creyó haber escuchado lobos en la distancia y miró temerosamente hacia la montaña que surgía sobre ella en la oscuridad. Otra vez se dio cuenta de una segunda incertidumbre. ¿Sus acciones salvarían o destruirían aquellas dos vidas que más apreciaba?

Pero continuó trabajando.

Las piezas, ella lo sabía, debían ser dispersadas para que no se pudieran encontrar; enterrarlas en donde los filos de algún futuro arado finalizarían su tarea.

Al terminar se levantó con su ancho delantal lleno de fragmentos rotos y avanzó lentamente...

Y así fue como entregó a la tierra cada tuerca y tornillo, cada resorte y cada perno.

Con su suave cabello suelto sobre los hombros, avanzó a lo largo de los surcos en la noche, sus movimientos duplicaban la antigua postura del sembrador.

La tierra oscura recibió culatas, cañones bruñidos, miras; cada parte separada quedó oculta. Y finalmente quedó oculto, uno a uno el contenido mortal de su canasta de huevos.

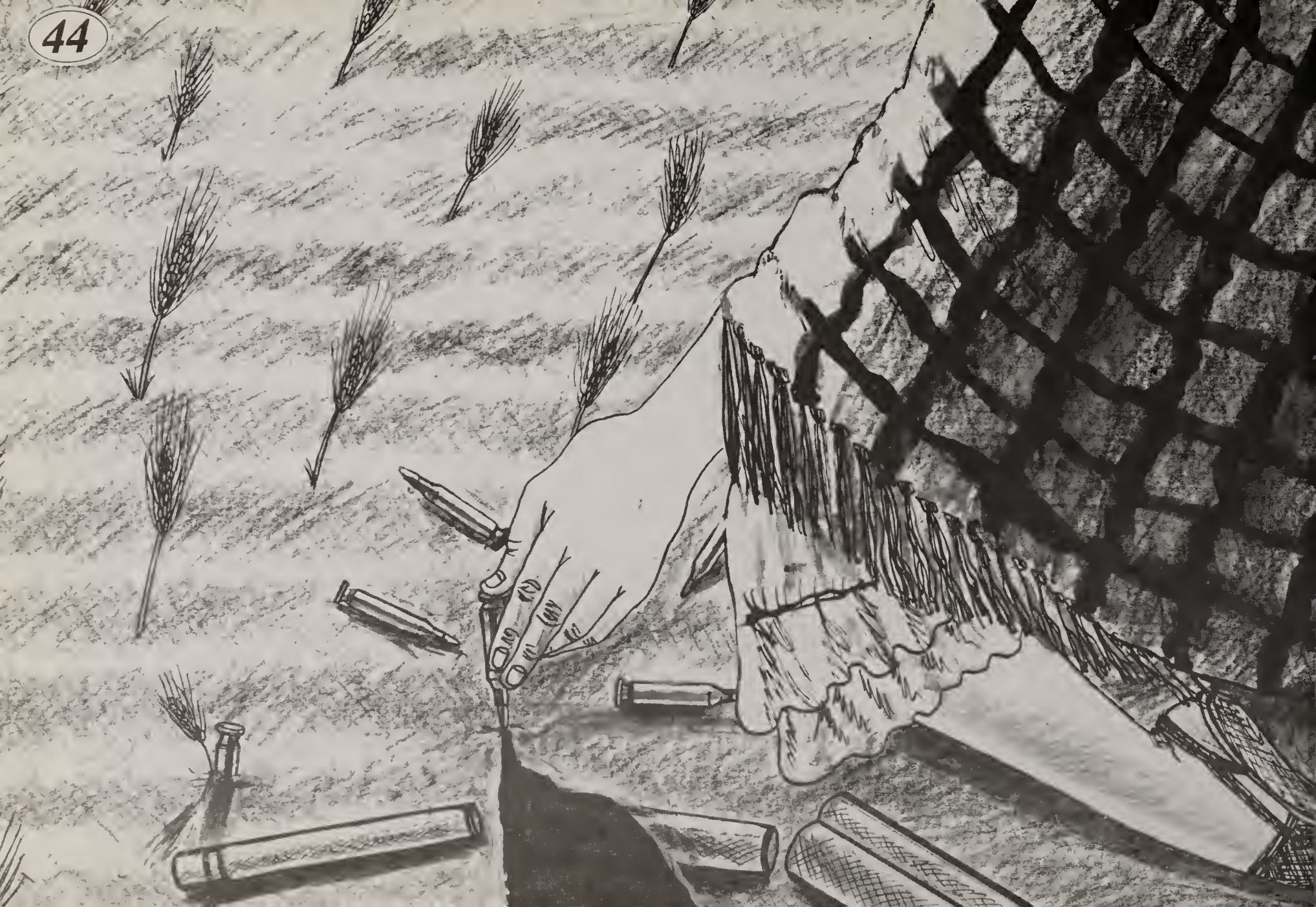
Ya estaba hecho.

Ya no se arrepentiría de sus acciones.

Cuando desocupó sus brazos de su extraña carga, regresó al surco final y observó de donde había venido...

Se mantuvo inmóvil a la luz de la luna, con los ojos abiertos con incredulidad. Luego comenzó a temblar por la inmensidad de lo que se develaba ante ella...

43



Porque, estirándose, en una línea bien arreglada en donde ella había acabado de pasar, empujando entre el rastrojo negro en una cinta de tierra recién removida, emergía un repentino verde delicado y fértil...

Ella miró incrédula y temerosa.

Las pequeñas espigas florecían vigorosas, crecían y se abrían mientras ella las contemplaba.

Alcanzó la canasta de huevos. Sus dedos temblorosos encontraron otra vez metal. Sumergiendo esta última bala en la tierra frente a ella, se arrodilló y apretó sus manos sobre su boca, y miró asombrada.

Como polluelos saliendo del cascarón el nuevo verde presionaba a través de la apretada tierra, emergiendo, multiplicando, alcanzando...

Cuando corría hacia la casa, volvió a mirar los Campos una vez más, la hilera de grano ya se detenía ricamente llena y estaba ya a la altura de la cintura.

No fue difícil despertar a las otras mujeres en la Villa. Como ella, habían permanecido despiertas al lado de sus esposos cansados, horrorizadas por el día que vendría.

No dudaron de su historia. Era como si ya supieran que podría haber sido así.

También ellas tomaron los rifles del lado de sus esposos dormidos y siguieron a la Mujer en silencio a través de la luz de la luna hacia los Campos.

Arrodilladas en los rastrojos desarmaron las armas que les habían causado tanta angustia, y entregaron las piezas desmembradas a la tierra cuidadosamente. Trabajaron en silencio.

Más tarde, regresando una vez más, llevaron sobre sus fuertes espaldas del Arsenal de la Villa las cajas de municiones que quedaban todavía.

Cuando su tarea estuvo completa estaba ya a punto de amanecer en las montañas... primero amarillo, luego desvaneciéndose en un suave damasco.

Otra vez los grandes Campos descansaban alrededor de ellas, cargados de grano. Las espigas llenas sólo aguardaban

la bendición del sol que las secaría para llevarlas a la dorada madurez.

Después del regreso de las mujeres a la Villa, los hombres corrieron a su encuentro:

"¡Temíamos que el Enemigo se las hubiera llevado secretamente en la noche!" gritaron.

"¿En dónde estaban? ¡las hemos buscado por todas partes!"

"¡El Enemigo se llevó nuestros rifles!" gritó otro.

Cuando las mujeres contaron su historia los hombres a su vez estaban furiosos, temerosos, y, finalmente, incrédulos. Los Ancianos en particular regañaron a las mujeres.

¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho? "¡Estamos indefensos!" dijeron en coro.

Pero cuando la Villa entera regresó a los Campos, y vio el milagroso océano de trigo reluciendo en el sol de la mañana, madurando y multiplicándose constantemente aún a pesar de que las personas incrédulas observaban, el asombro superó la ira y el labrador que había en cada hombre se asombró grandemente.

Majestuosamente cada tallo fuerte creció aprisa, abundante y con almendras.

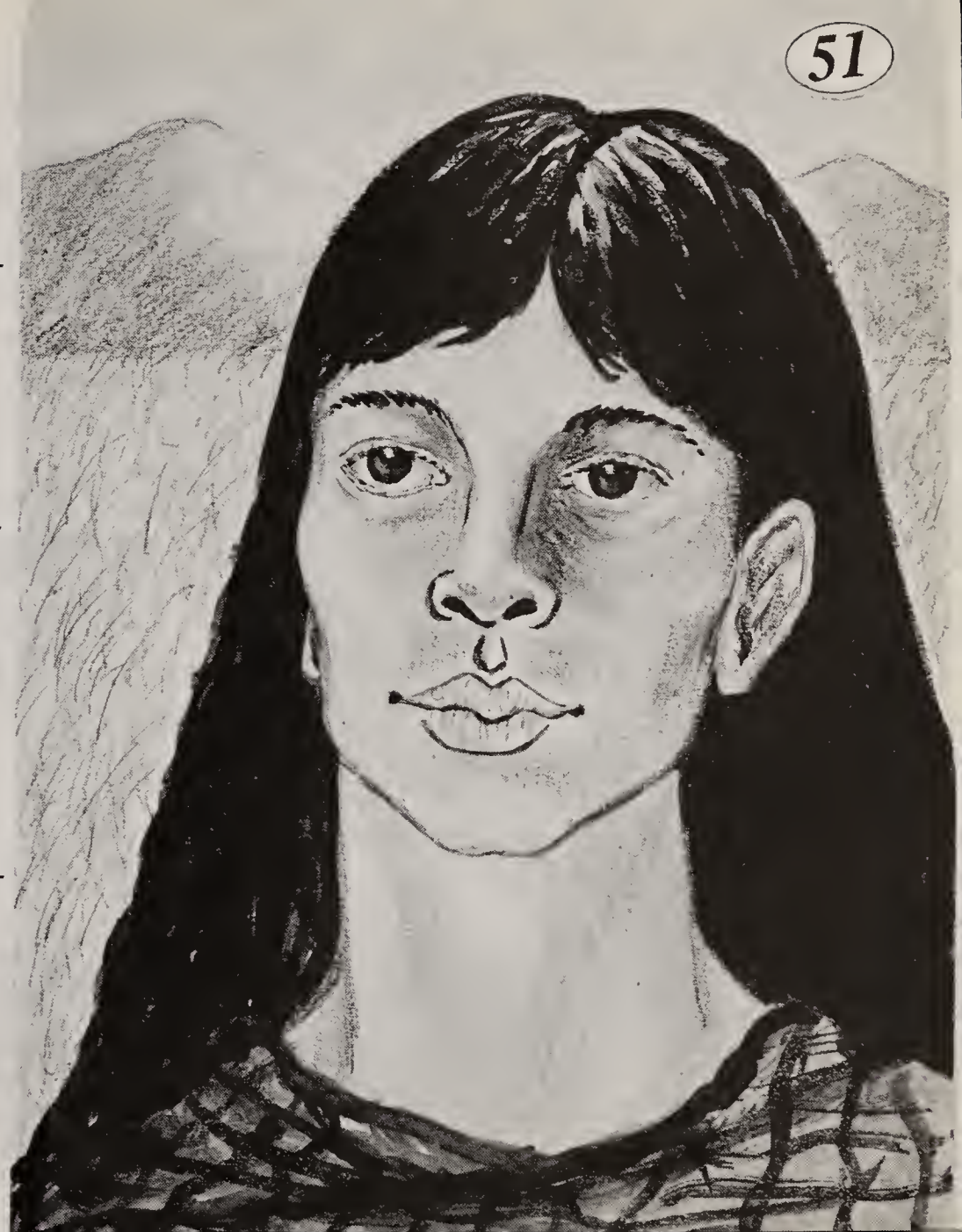
"En todos mis años", dijo uno de los Ancianos, "nunca había visto grano como éste. ¡Este será el motivo de conversación de los eruditos en todas partes!"

("Mucho ha llegado a la perfección", pensó la Mujer para sí misma, recordando la roca de liquen y las flores de manzano que caen allí en la primavera).

Señalando las espigas ricas y llenas, los Ancianos se marcharon. "¡Con una cosecha como ésta será posible alimentar a los hambrientos de todo el mundo!"

"Si sólo", alguien de la multitud señaló, "pudiéramos estar seguros que el Enemigo no destruirá esto también".

"Debemos cosechar de una vez", todos estuvieron de acuerdo rápidamente, "antes que sepan en el otro lado de la Montaña".



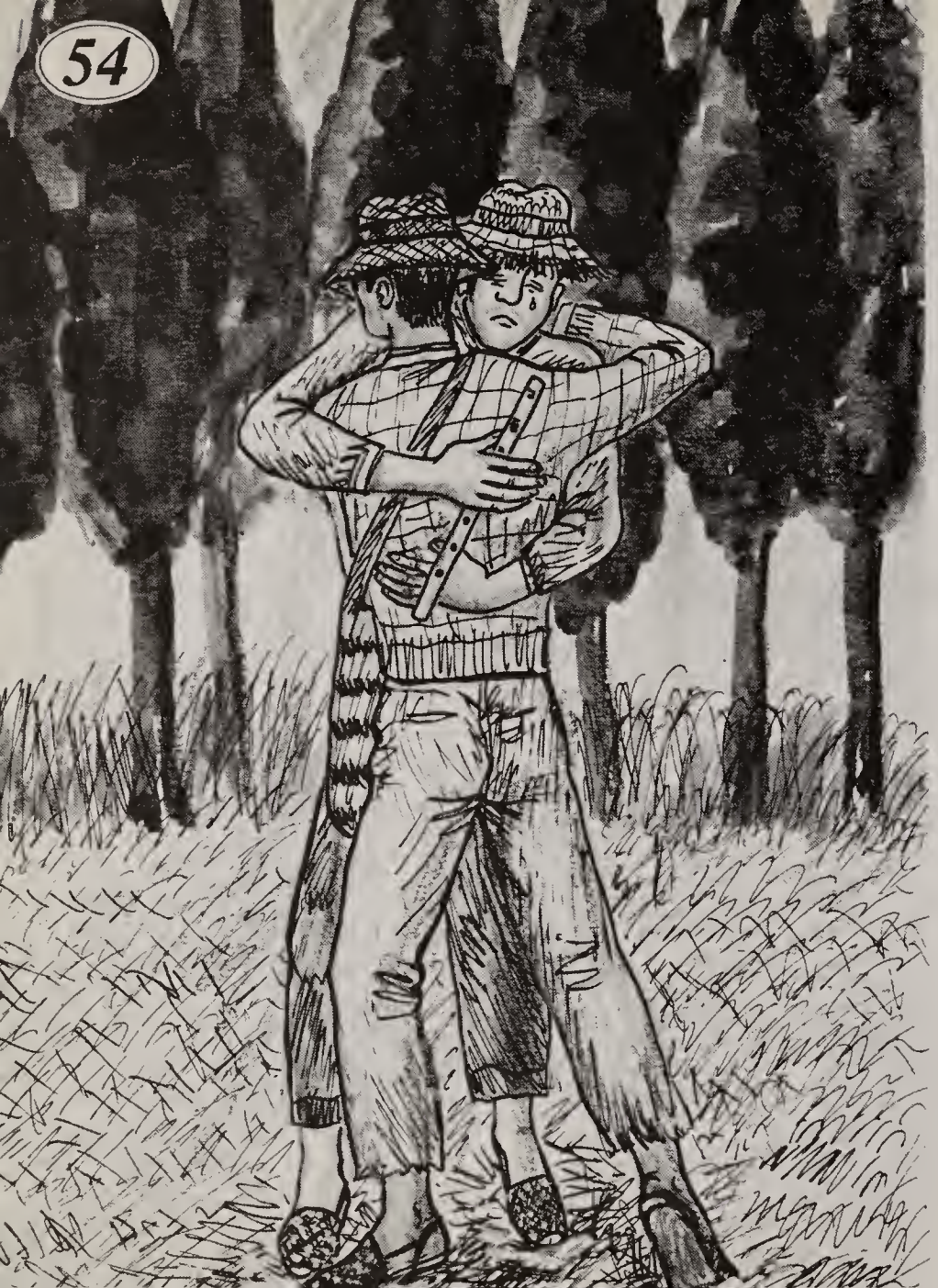
Y fue así que durante ese día, toda la Villa trabajó unida, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. El aire polvoriento se llenó con el silbido rítmico de la guadaña, y los brazos de las mujeres se movían sin cesar en el antiguo golpear de desgranar contra la era.

Pero mientras los hombres cosechaban, nuevos retoños atravesaban la tierra, madurando y secándose detrás de ellos continuamente.

Frenéticamente trabajaban, rogando que el Enemigo no supiera de este milagro. Pero sus temores eran infundados.

Esta vez fue el Muchacho quien supo lo que debía hacer y se había marchado ya.

Arrancando y llevándose una caña espléndida de trigo nuevo del campo, y deslizando su flauta entre su chaleco, se montó en el burro y se dirigió hacia la Montaña.



En el familiar claro soleado él se desmontó y de frente a las coníferas oscuras puso su flauta en sus labios.

Su música fue respondida,
tal como él rogaba que fuera.

Avanzando el uno hacia el otro, los dos muchachos vacilaron por un momento y luego se abrazaron. Permanecieron unidos abrazados, las lágrimas corrían por sus mejillas.

"¿Pero por qué, por qué?" cada uno le preguntaba al otro.

Levantando el tallo de trigo de la alforja del burro, el Muchacho contó su historia con detalle...

"Tómala", le dijo, presionando el vigoroso tallo entre la mano de su amigo. "Muéstralo a tu madre. Cuéntale. Ella sabrá qué hacer".

Existe una hermandad entre las mujeres.

Quizá brota de su conocimiento cierto que después de todas las palabras... palabras sin fin, es la querida creación de sus propios cuerpos lo que es cortado por la bala del tirador escondido. Siempre una parte de ellas también muere.

"Y así fue que las mujeres del Enemigo también marcharon sigilosamente esa medianoche con los brazos cargados con armas.

Al amanecer había grano en abundancia más de lo que se pudiera decir, floreciendo y multiplicándose a ambos lados de la Montaña. Cuando cayó la noche los graneros de ambos pueblos estaban rebosantes, y las manos de los hombres y las mujeres estaban ampolladas por la labor.

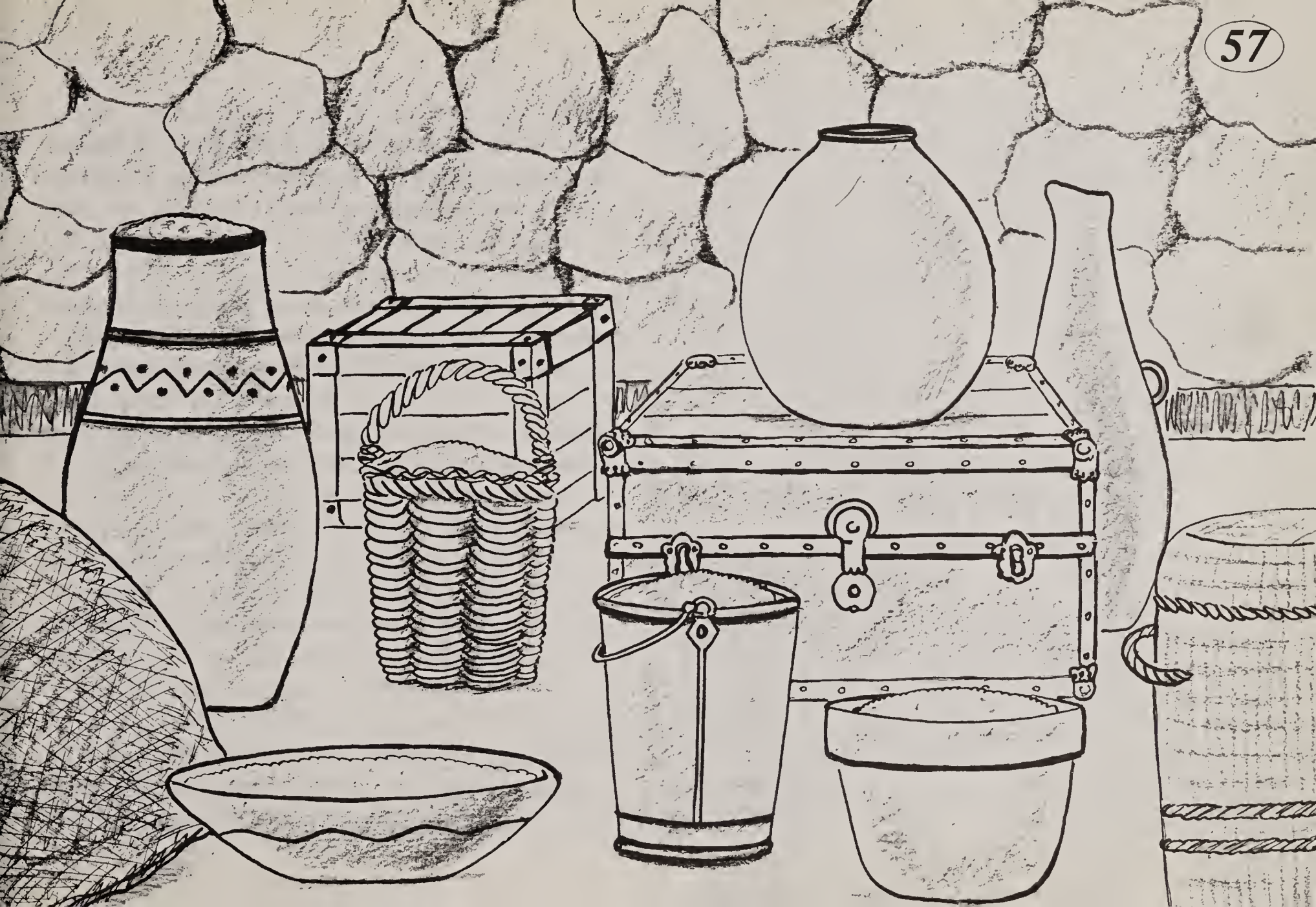
Todavía temerosos al principio, los rivales trabajaron con secreto frenesí, seguros que la revelación del milagro con seguridad dispararía el ataque inmediato.

Además sabían que el trigo sería consumido durante el invierno, estaban determinados a esconder de sus enemigos grano suficiente para asegurar su continuación en la siguiente primavera. De principio a fin de los dos pueblos cada vasija de barro, cada caja y cada cofre fue obligado a servir para ocultar este especial oro dormido.

Pero los días pasaban pacíficamente. Y pronto se supo que cada parte estaba familiarizada con el secreto de la otra.

Claramente había, después de todo, suficiente para todos.

"¡El Enemigo está prosperando tan intensamente, su necesidad de piratear parece completamente olvidada!" se regocijaban las gentes de ambas partes de la Montaña.



El verano se acercaba a su fin. Todavía la cosecha que se autorreproducía llenaba los campos, el verde le seguía al oro, el oro al verde.

Finalmente se hizo obvio para los trabajadores exhaustos de ambos valles que para no perder nada de esta prodigiosa recompensa bajo la nieve temprana, era conveniente para estos viejos rivales unirse en sus esfuerzos de preservación.

Entonces, en los días secos y noches de este último otoño, una gran alianza de ingenuidad y fuerza muscular se levantaba de repente para mantener el paso con la abundancia sin fin.

Trabajando en planeada armonía, los hombres y mujeres se movían de aquí para allá en ambos valles, cosechando un día, trillando el otro, escasamente capa-

ces de mantenerse en ventaja a los rápidamente renovados manojos verdes. Los bueyes y caballos eran prestados, las piedras de molino compartidas, y los graneros construidos. Juntos estos antiguos enemigos afilaban las guadañas, reparaban las ruedas, comparaban las herramientas, y frecuentemente se asombraban por la semejanza de sus idiomas.

En los hogares los niños y los viejos se esforzaban por mantener al día toda la demanda sin fin de nuevos costales para el grano, cosiendo y charlando felizmente entre sus nuevos amigos.

Había risa en los campos y en las casas de trillar e incluso a veces un tímido compartir de canciones.

Sólo hasta la primera caída de la nieve el milagroso reverdecer cesó finalmente.

Su Mundo descansaba alrededor de la Gente, blanco y maravilloso bajo su nuevo secreto fresco.

Era, estaban de acuerdo, el mejor de todos los tiempos. ¿Acaso no eran Hermanos y Hermanas de la tierra?

Ese realmente es sólo el comienzo de la historia...

Cuando en el abril que siguió, la Mujer caminó otra vez por la rivera del río para recoger nomeolvides, ya no miró hacia la montaña con temor.

Por el contrario, vio lo maravillosa que estaba la niebla sobre el río... el reflejo del martín pescador entre los sauces... la aterciopelada vulnerabilidad de un helecho que emergía. Olió las lilas y el acre húmedo de la tierra, y escuchó a las ranas entre los juncos.

De lo alto de la montaña encima de ella, acompañado por el balido de pequeños corderos, escuchó el sonido de la flauta nueva de su hijo.

Una segunda flauta se unió a la melodía, las notas se levantaban en armonía encima de las coníferas iluminadas por el sol.

La música se elevaba en el aire limpio de la montaña, alegremente sin miedo.

Ese es realmente el comienzo de la historia ...

Esta no es una apelación simplista al desarme unilateral, sin embargo se refiere a la inevitable vulnerabilidad de quien inicialmente busca la paz. De ninguna manera es feminista, sino que explora los sentimientos que muchas mujeres comparten apasionadamente. Tampoco es un libro religioso, pero si se refiere a la posibilidad del momento en que los seres humanos admitan su interdependencia.

Este libro es un tranquilo y reflexivo relato de aquellos que todavía creen que la paz es posible, pero están conscientes que nuestro mundo peligra y requiere que nos miremos con nuevos ojos, antes que sea demasiado tarde.

CLARA EDICIONES SEMILLA